



TAMARA LIBERMAN

CUBA EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS HACIA AMÉRICA LATINA:
PROYECCIONES DE LA ADMINISTRACIÓN OBAMA
EN UN CONTEXTO HEMISFÉRICO CAMBIANTE

Resumen

En el artículo se trata de las relaciones cubano-norteamericanas bajo la Administración Obama.

Palabras clave: *Cuba, Institución Brookings, Administración Obama.*

Abstract

The article deals with an analysis of the Cuban-USA relationship during the reign of the Obama administration.

Key words: *Cuba, Brookings Institution, Obama Administration.*

Desde los últimos meses de 2008, aún antes de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, muchos estudiosos, desde distintos sectores, políticos y académicos, coincidían en la percepción de que la hegemonía norteamericana en América Latina se había debilitado de manera significativa, debido a la negligencia de la Administración Bush.

El Informe patrocinado por el Council on Foreign Relations, “U.S.-Latin America Relations: A new direction for a new reality”, dado a conocer en mayo de 2008, reflejaba esa percepción cuando expresaba que la era de la hegemonía de Estados Unidos en América Latina había terminado. Algunos analistas argumentan que hubo un abandono a la región, tesis de la cual se apropió Obama en el discurso pronunciado en Miami (mayo de 2008), ante la Fundación Nacional Cubano-americana, sobre la política hacia América Latina y el Caribe¹. Llama la atención esta aseveración si se tiene en cuenta las numerosas visitas realizadas por el último presidente republicano a la región latinoamericana, en comparación con otros mandatarios de ese país.

Estos enfoques, esconden que el debilitamiento del rol hegemónico de Estados Unidos en América Latina y el Caribe en la primera década del siglo XXI se debe también a la nueva dinámica regional, asociada a la ya referida emergencia de gobiernos de corte progresista, especialmente en América del Sur. No obstante, pese la pérdida de relevancia política estadounidense ante las tendencias, nacionalistas y reformistas, que se manifestaban en varios países latinoamericanos — producto de los efectos nocivos de la aplicación de políticas neoliberales —, no es realista afirmar que la hegemonía estadounidense sobre la región había llegado a su fin, sobre ésta ejercía aún un grado considerable de control.

I. Condición hegemónica de Estados Unidos en América Latina

Distintos informes elaborados por centros de pensamiento de Estados Unidos (los llamados tanques pensantes) entre el año 2008 y 2009 coincidían en que la política hacia América Latina y el Caribe debía — para conservar su condición hegemónica — cambiar orientándose al ejercicio de un poder más inteligente, más hábil, que combinase instrumentos de soft power (poder blando) y de hard power (poder militar duro), pero que priorizara los elementos del primero. La capacidad para combinar ambos poderes es lo que se dio a conocer como “smart power”.

Partiendo de la noción de hegemonía, que implica construir consenso, a través de instrumentos ideológicos, así como recurrir a elementos de coerción cuando se hace necesario, podemos ahora aproximarnos a la concepción de lo que Joseph Nye dio a llamar “smart power”, el cual fue concebido como la “nueva” estrategia para la reconfiguración hegemónica de Estados Unidos².

El ejercicio de este poder hábil, inteligente, implica combinar un poder suave, cuyos instrumentos – diplomacia pública, difusión masiva, ayuda al desarrollo, ayuda humanitaria, etc. – podemos identificarlos con la construcción de consenso y legitimación de liderazgos, con un poder duro, que acude a elementos de coerción cuando los que pertenecen al primer grupo (al “soft power”) no pueden ser utilizados.

El Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS) de Estados Unidos respaldó en 2007, por ejemplo, la conformación de la Comisión Bipartidista para una Potencia Inteligente, coordinada por Richard L. Armitage y Joseph S. Nye Jr.³ Esta comisión planteaba que el poder militar y económico estadounidense debía completarse con un “soft power” (poder blando), que conlleva el uso de los instrumentos arriba mencionados. Se reconoce que el terrorismo es una amenaza real, pero la comisión destaca que una “sobre-respuesta” a las provocaciones de los extremistas hace más daño (a los estadounidenses) que el que podrían causar los propios terroristas. La comisión argumenta que el éxito en la lucha contra el terrorismo exige una nueva premisa en la política exterior que remplace a la “guerra contra el terror”.

La comisión bipartidista concluyó que Estados Unidos necesitaba redescubrir cómo ser una potencia inteligente, en tanto que la imagen y la influencia de Estados Unidos había declinado, y para revertir esto se debiera dejar de exportar miedo para inspirar optimismo y esperanza⁴.

Haciendo referencia al uso del *soft* y el *hard power*, Joseph Nye trae a colación los conflictos de Medio Oriente, explica que se necesita el poder militar duro para combatir corrientes extremistas, pero que es necesaria la utilización de un poder suave (atractivo), para ganar los corazones y las mentes de la mayoría. Nye plantea que debe trazarse una estrategia más inteligente, que frustre a los enemigos de Estados Unidos y reduzca su número a través de un trabajo disuasivo y de cooptación. En este sentido es que propone el ejercicio de lo que denominó smart power, que, como se mencionaba anteriormente, debe entenderse como la capacidad para combinar el hard power (ejercicio del poder a través de la coerción) con el soft power (poder suave, atractivo)⁵.

La percepción de que debía acudir a una estrategia más inteligente para proteger los intereses estadounidenses se extendió incluso a figuras de alto rango en el área militar, como Robert Gates, que siendo secretario de defensa en la Administración de W. Bush, hizo un llamado al gobierno para que le fuese otorgado más dinero y esfuerzo a instrumentos de “soft power”, incluyendo la diplomacia, la asistencia económica y las comunicaciones. En esa ocasión, Gates argumentaba que el poder militar solo no puede defender los intereses de Estados Unidos alrededor del mundo. También Hillary Clinton, siendo secretaria de Estado, planteaba que debía ejercerse este poder, “el rango completo de herramientas a nuestra disposición – diplomáticas, económicas, militares, políticas, legales y culturales- escogiendo la herramienta correcta, o la combinación de herramientas, para cada situación”⁶. Esto resultaba significativo, en tanto se veía cómo los cambios en las líneas políticas que se trazaban no dependían de que la Administración fuese republicana o demócrata, sino de lo que el contexto, la coyuntura, exigiera para mantener el lugar de Estados Unidos a nivel global.

Las ideas principales de las propuestas de la Comisión Bipartidista para una Potencia Inteligente, están presentes en los informes realizados sobre las relaciones de Estados Unidos con América latina por algunos de los centros de pensamiento de mayor influencia en el gobierno estadounidense, como el Council on Foreign Relations (CFR), Interamerican Dialogue (ID) o Brookings Institution (BI). En las sugerencias expuestas por los mencionados centros de pensamiento existe correspondencia con las propuestas contenidas en la estrategia del llamado “smart power”.

En estos informes se sugiere realizar políticas más inclusivas que solucionen problemas en la región latinoamericana y se identifican una serie de temas como los relacionados al desarrollo económico – sobre bases neoliberales – así como cuestiones de seguridad vinculadas a la pobreza y al narcotráfico. Pero si bien, estos ejes eran de interés para América Latina, lo eran en primer lugar para Estados Unidos. Aquí se aprecia el principio de tratar de alinear los objetivos estadounidenses con los del resto del planeta, o más bien, hacer ver sus propios intereses como universales. Ello es una vieja práctica, confirmada por la historia, en el devenir de la hegemonía estadounidense en América Latina y que se reitera en el siglo XXI.

En consonancia con las propuestas sugeridas por la Comisión Bipartidista se aprecia un intento de distanciarse de prácticas características de una política unilateral hacia la región, al sugerir reiteradas veces se refuercen las relaciones con las instituciones multilaterales del hemisferio, principalmente con la OEA. Los fines son diversos y van desde el interés por relegitimar la democracia representativa hasta la búsqueda de soluciones a los conflictos interestatales. Sin embargo, a pesar de recurrir al multilateralismo, no se sugiere disminuir la presencia militar, incluso son señalados los “éxitos” obtenidos, gracias al Plan Colombia, en el debilitamiento de las FARC.

En las palabras pronunciadas, por ejemplo, el 23 de mayo del 2008, al referirse a la política hacia América Latina, Obama hizo énfasis en la necesidad de recuperar legitimidad en la región y en el mundo. Focalizó en la Administración de W. Bush, y en sus fracasos con América Latina, la causa de la influencia del presidente Hugo Chávez en la región, y manifestó estar dispuesto a contrarrestarlo, precisando que era tiempo de implementar una nueva política para afirmar el liderazgo de Estados Unidos en el hemisferio.

En ese conocido discurso se advertía ya un cambio de tono – menos unilateral que el de Bush y los republicanos en general – y una percepción y posicionamiento diferente ante América Latina. Aunque el eje de la seguridad fuera una constante y una política de Estado, lo distinguían matices que distanciaban –al menos en imagen– del unilateralismo de la última Administración republicana. Ello denota la relevancia de la dimensión ideológica a la hora de replantear el enfoque hegemónico bajo circunstancias diferentes.

La percepción de la necesidad de cambio por parte de la población estadounidense constituyó, sin duda, un elemento importante que contribuyó en los resultados obtenidos en las elecciones presidenciales del 2008. Ante los ciudadanos y los políticos esta opción significaba una salida para rescatar al imperio de sus dificultades. En cierto modo, como lo fueron los también gobiernos demócratas de James Carter en su momento, con posterioridad a los efectos de las crisis de los años de 1970 o como se percibió el de William Clinton, luego de los doce años de permanencia de los republicanos en el gobierno.

Las propuestas de los mencionados centros de pensamiento, de orientación liberal, al referirse a América Latina, según ya se veía, recomendaban que la estrategia a seguir debía ganar en pluralismo, tomando más en cuenta los intereses de la región en temas como el crecimiento económico, la reducción de la pobreza y la desigualdad. Se añadía que la política debía basarse en el mencionado soft power o poder blando, dirigido a restaurar los nexos con las instituciones democráticas, fortalecer la seguridad enfrentando las amenazas regionales, fronterizas y transnacionales, fomentando la cooperación. En sintonía con estas propuestas Hillary Clinton insistía, por ejemplo, en el papel que Estados Unidos debía asignarle a la diplomacia, a la construcción de lazos de alianza, a la colaboración y a la recuperación de la credibilidad y la confianza.

II. Cuba en la política latinoamericana de Estados Unidos

Con respecto a Cuba se ha sugerido, en algunos documentos de manera más explícita que en otros, estimular la subversión interna⁷. Se parte de que la política estadounidense hacia este país ha sido ineficaz en su objetivo de derrocar al gobierno socialista cubano.

En un artículo publicado el 9 de marzo de 2009 por la Institución Brookings, en el que se comparan los objetivos con los resultados obtenidos de esta política, llega a mencionarse que ésta puede ser “el mayor fracaso en la historia de la política exterior estadounidense”.

La política de Estados Unidos hacia Cuba se analizó de manera crítica en estos documentos⁸. Especialmente los análisis se concentraron en el fracaso del bloqueo impuesto a la Isla desde los primeros años del triunfo de la Revolución.

En el informe del equipo de asesores del entonces Senador Richard Lugar⁹ se aseguraba que el ‘embargo’ no había dado los frutos que se esperaban de él, y se consideraba que el castigo económico se había convertido en un “chivo expiatorio” utilizado por el Gobierno cubano para disculparse por las penurias económicas del país. También en el documento se aseveraba que era el momento histórico para replantear las relaciones bilaterales¹⁰.

Coincidiendo con lo ineficaz que había resultado la política del “embargo”, en el documento emitido por la Institución Brookings¹¹, se señalaba que, luego de tantos intentos de aislar y debilitar al gobierno cubano, Estados Unidos tenía poca influencia para promover el cambio en Cuba, y que de hecho el gobierno cubano tenía relaciones normales con prácticamente todos los países del mundo, a diferencia de Estados Unidos.

Siguiendo esta idea en un informe publicado por Diálogo Interamericano se opinaba que “...la política de aislar y sancionar a Cuba (...) sirve principalmente para aislar a Estados Unidos del resto del hemisferio”. Esta idea expresada en “*A Second Chance U.S. Policy in the Americas*”¹² coincide con las reflexiones de los informes del equipo de Lugar y de la Institución Brookings. En este documento se señalaba además que, aunque Cuba no fuera una prioridad en sí misma para Washington, replantearse la política hacia la isla debía ser una prioridad porque abriría paso a la cooperación con América Latina en temas de diferente índole. Hay un énfasis reiterado en lo convincente que resultaría para los gobiernos de la región la propuesta de cambio de la administración Obama si comenzaba cambiando su política hacia Cuba.

Las visitas de varios presidentes latinoamericanos, realizadas a Cuba en los últimos años, así como la admisión de Cuba al Grupo de Río en diciembre de 2008, revelaban -según esos análisis- una política de compromiso con el país, en contraste con la situación de aislamiento político estadounidense. Se señalaba que la política del “embargo” había pasado a ser una fuente de controversia con la Unión Europea y con las Naciones Unidas y, que bajo esta línea no se había podido influir en la dirección política de Cuba, como tampoco se pudo lograr una mayor comprensión de los acontecimientos que tenían lugar en la isla.

Entre las recomendaciones dirigidas a sanear la imagen de Estados Unidos en la región en el documento “*A Second Chance U.S. Policy in the Americas*” se sugirieron medidas tales como: suspender en breve la construcción del muro sobre la frontera estadounidense-mexicana, realizar una exhaustiva reforma migratoria que legalice la residencia en Estados Unidos de unos doce millones de inmigrantes indocumentados; normalizar sus vínculos con Bolivia y restablecer las preferencias comerciales; suspender inmediatamente la deportación de inmigrantes indocumentados de origen haitiano, aumentando la asistencia y alentando a los bancos multilaterales a condonar la deuda de ese país; con respecto a Venezuela se sugirió compensar los beneficios de las actividades de colaboración de este país en el hemisferio potenciando la cooperación de Estados Unidos con otros países latinoamericanos. Pero lo más destacable en este documento es el énfasis hecho en que nada haría más que una apertura hacia Cuba para convencer a los gobiernos de la región de que el gobierno de Obama estaba determinado a cambiar su enfoque sobre los asuntos hemisféricos.

Dentro del intento por mejorar las relaciones con América Latina, la política hostil del gobierno norteamericano – recientemente electo al momento de publicarse este documento – hacia Cuba podía resultar de una importancia simbólica, en tanto que Cuba tenía buenas relaciones no sólo con los países de la región sino también con el resto de los países del mundo. De esta forma, la política estadounidense hacia la isla estaba atentando contra las buenas relaciones que necesitaba tener Estados Unidos, dado ese momento de crisis, con los gobiernos de la región.

Ante la situación de crisis, al asumir el mandato, la administración Obama se veía obligada a enfrentar el desprestigio adquirido en los últimos tiempos, en especial durante la doble Administración de W. Bush. Sin dejar de mantener el interés por derrocar al gobierno socialista cubano, las recomendaciones sugeridas en estos documentos, más que un interés específico en Cuba, tenían como trasfondo reivindicar la imagen del gobierno de Estados Unidos y fortalecer los vínculos, en algunos casos debilitados, con los países de América Latina. Teniendo en cuenta el significado que posee el tratamiento del tema cubano para el diseño y coherencia ideológica de la proyección hegemónica estadounidense hacia América Latina, es que cobra sentido el análisis expuesto.

III. Cuba-Estados Unidos: Re-articulando una relación

Definitivamente Cuba se coloca en otro plano en la proyección hemisférica estadounidense a partir del anuncio pronunciado por el presidente norteamericano y su par cubano el 17 de diciembre de 2014.

Aunque la materialización de los cambios más reclamados y esperados por la región – como el cese del bloqueo o la desarticulación de la base estadounidense en Guantánamo – no se vislumbra en un horizonte cercano, sí se saluda con beneplácito la “nueva” actitud del gobierno de Barack Obama hacia Cuba.

Sin llegar a tener lugar, al menos por ahora, cambios que modifiquen de manera significativa la cotidianeidad del pueblo cubano, que continúa sufriendo los efectos del bloqueo económico impuesto por Estados Unidos desde hace más de cincuenta años, logra mejorarse la percepción de la imagen proyectada por Estados Unidos hacia América Latina y otras regiones del planeta. Si se tiene en cuenta que lo que difunden la mayor parte de los medios de difusión masiva es prácticamente sólo la “buena

voluntad” del gobierno estadounidense y el cambio de política hacia la isla, omitiendo la continuidad y aumento de las sanciones económicas que castigan a Cuba, esta actitud “positiva”, que los medios logran hacer llegar a la mayor parte de las personas, se corresponde con lo sugerido en las recomendaciones de los informes mencionados anteriormente en lo que al saneamiento de imagen del país norteamericano se refiere.

El pasado mes de marzo de 2015 se dio a conocer el informe *Better Than You Think: Reframing Inter-American Relations* (Mejor de lo que cree: Reenmarcando las Relaciones Interamericanas) patrocinado por la Institución Brookings, el mismo centro de pensamiento que auspició el informe *U.S. Policy Toward a Cuba in Transition* al que se hacía referencia en líneas anteriores.

Este documento, del cual su principal autor, Richard Feinberg, fue el arquitecto fundamental de la creación de las Cumbres de las Américas, deja ver una línea de continuidad en la importancia asignada a Cuba – en la necesidad de sanear la imagen norteamericana – a la hora de replantear la política de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe. Aquí se plantea que en América Latina siempre ha habido una sólida atracción por el modelo estadounidense y que Estados Unidos debe lograr reforzar esa imagen positiva. “Lamentablemente, una amenaza importante al prestigio estadounidense en las Américas hoy es nuestra propia disfuncional política doméstica. (...) el lado oscuro de la política estadounidense contra el terrorismo posterior al 11 de septiembre también dañó las percepciones latinoamericanas del apoyo estadounidense a los derechos humanos y la altamente impopular invasión a Iraq, percibida en América Latina como una intervención imprudente e ilegal en otro país desarrollado, además erosionó la posición de Estados Unidos en la región. Las largas décadas de política de sanciones a Cuba ha sido rechazada casi por toda Latinoamérica”¹³.

En opinión de los autores de este informe, Estados Unidos debe conducir mejor sus problemas domésticos que tienen implicaciones regionales. Consideran que ambas administraciones, republicana y demócrata, generalmente han comprendido cuáles eran las respuestas correctas (una reforma migratoria, relaciones comerciales expandidas, etc.), pero sin embargo estas iniciativas han sido bloqueadas o demoradas. “Estos errores en política doméstica y exterior detractan el prestigio de Estados Unidos, y esto no es algo que pueda resolverse con ‘más atención’ o mejores relaciones públicas. Lamentablemente, no es que ‘tenemos una gran historia para contar, sólo necesitamos contarla mejor’. (...) Muchos latinoamericanos nos conocen demasiado bien y nos ven como lo que somos, no como lo que nos gustaría parecer ser”¹⁴.

Esta apreciación deja ver la prioridad que se le da a la necesidad de continuar saneando la imagen que proyecta el país norteamericano. En cuanto al análisis de los instrumentos de política exterior, utilizados en décadas anteriores – intervencionismo más abierto – no se reflexiona acerca del daño que pudieron causar en los distintos países de la región. Sí se señala que pudieron ser efectivos a la hora de lograr sus objetivos en otra época, pero que en algunos casos han hecho daño a la imagen de Estados Unidos en América Latina, como es el caso de la participación de la administración Nixon en el golpe de Estado a Chile al gobierno del Presidente Salvador Allende en 1973, provocando que los movimientos de izquierda en la región se radicalizaran más y se alinearan más con Cuba.

En el informe los autores aprecian una relación más madura de parte de Estados Unidos con los Estados del hemisferio occidental en los últimos años. Destacan que la administración Obama ya ha comenzado a conducir los asuntos que más han dañado el prestigio del país en los años recientes y retardado el mejoramiento de sus relaciones con América Latina, sobresalen los temas migratorios, tratados de libre comercio y las relaciones con Cuba.

Con respecto a este último los autores consideran que “el giro dramático de la administración Obama en la política hacia Cuba iluminó la sabiduría de reconsiderar las políticas y creencias sostenidas durante tanto tiempo”¹⁵. Advierten que de la manera en que evoluciona Cuba no puede nadie dudar que la economía será más abierta y esto beneficiará importantes intereses estadounidenses.

Sin lamentar perjuicios causados por las políticas injerencistas de los distintos gobiernos estadounidenses, en el informe se reconoce los grandes éxitos de su política hacia América Latina en las últimas tres décadas. Pero, señalan, que deben adaptar sus instrumentos de diplomacia para el siglo XXI, focalizándose en los intereses centrales y conduciendo la crisis del momento con la perspectiva adecuada¹⁶.

En consonancia con estas directivas Michael Shifter, director de Diálogo Interamericano, asevera que “la apertura del presidente Obama hacia Cuba elimina uno de los principales obstáculos en las relaciones interamericanas y es una oportunidad para plantear una nueva agenda de trabajo”¹⁷.

Andrés Serbin, profesor y director del Centro Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, apoya la idea de que hubo un desentendimiento de Estados Unidos con respecto a América Latina y el Caribe en general, y a América Latina en particular. Según Serbin, este desentendimiento “se articuló con la elección de gobiernos populistas, de izquierda y de centro-izquierda en muchos países de la región (...) y la creciente influencia de nuevos actores emergentes a nivel internacional. En primer lugar China, pero también Rusia, India e Irán, y la creciente emergencia de la región del Asia-Pacífico en la economía internacional”¹⁸. En este marco se acrecienta la autonomía de América Latina y el Caribe en relación a Estados Unidos y emergen nuevas formas de concertación política inter-gubernamental con temas de agenda propiamente latinoamericanos que van excluir a Estados Unidos y a Canadá.

Sin embargo, a partir del 2013, las condiciones que propician el crecimiento económico de América Latina y el Caribe van a cambiar, entre otros factores por la baja de los precios del petróleo, la desaceleración de la economía china y la situación de crisis que vive Europa. A esto se suma la crisis política y económica que vive Venezuela así como la crisis política que tiene lugar hoy en Brasil. Estos escenarios auguran el comienzo de un cambio político en la región que comienza a materializarse con el triunfo de la derecha en Argentina el 22 de noviembre de 2015.

Dentro de este contexto el inicio de conversaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba, en palabras de Andrés Serbin, “constituyen un primer paso de una estrategia política estadounidense orientada a la región, al enviar una clara señal que apunta a recomponer las relaciones con los países de la misma y a promover una nueva presencia e influencia de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe (...). El trasfondo de esta nueva orientación responde a varios factores extra-regionales —la creciente influencia económica y estratégica de China (...) junto con la (...) presencia de otros actores extra-regionales; (...) la necesidad de acotar y contener a China, y de aislar a Rusia e Irán a nivel global, entre otras variables. Estas nuevas condiciones implican que (...) los Estados Unidos tendrán una renovada presencia en toda América Latina y el Caribe (...) y que esta presencia puede amenazar la autonomía adquirida por algunos países latinoamericanos”¹⁹. Todo este marco implicaría, posiblemente, el planteamiento de nuevas modalidades de hegemonía que, en dependencia de cómo se prepare América Latina y el Caribe, cuestionaría la autonomía lograda.

Especialmente en las proyecciones hacia Cuba, en los últimos tiempos hemos podido ver algunos cambios por parte del gobierno estadounidense, ha cambiado el tono del discurso (menos hostil), se han restablecido comunicaciones, se ha dialogado y continuado trabajando en temas de interés común, como son el narcotráfico, los desastres naturales, protección al medio ambiente, etc. Se han flexibilizado los viajes de cubano-americanos así como el envío de remesas. Pero también se ha continuado financiando la subversión interna y continúa alentándose la emigración (sigue vigente la ley de Ajuste Cubano).

Es decir, que, si bien ha habido un cambio de tono en el discurso del presidente de Estados Unidos a la hora de pronunciarse sobre Cuba, los objetivos siguen siendo los mismos, así como se han empleado distintos métodos para derrocar a gobiernos que defendiesen intereses que no estuviesen alineados a los de Estados Unidos o que sus políticas no fuesen funcionales al ejercicio hegemónico estadounidense en América Latina, hoy, dada la correlación de fuerzas regionales, aún favorable para Cuba, se acude a métodos no tan abiertamente injerencistas a la hora de proyectar su política hacia la nación cubana. La meta sigue siendo derrocar al gobierno revolucionario cubano, creando las bases para una transición regresiva en el país: implementar el sistema capitalista dependiente subordinado a Estados Unidos. Sin embargo Cuba continúa optando por una transición hacia un sistema socialista más próspero y sostenible que garantice su independencia, soberanía y la justicia social.

NOTAS

1. Bajado de http://www.barackobama.com/2008/05/23/remarks_of_senator_barack_obam_68.php el 09-11-09.
2. Se retoma aquí el análisis de la autora y de Ariadna González Martín en el trabajo ya citado, publicado por CRIES en el *Anuario de Integración* 2010.
3. Bajado de la página http://media.csis.org/smartpower/071105_CSIS_Smart_Power_Report.pdf el 01-12-09
4. Ibidem.

5. Los instrumentos oficiales del poder blando son la diplomacia pública, difusión mediática, programas de intercambio, ayuda al desarrollo, ayuda humanitaria, etc.
6. Bajado de la página <http://www.state.gov/r/pa/scp/fs/2009/122579.htm> el 08-11-09.
7. Estas recomendaciones se aprecian en documentos como *U.S. Policy Toward a Cuba in Transition* (Política de Estados Unidos Hacia una Cuba en Transición) patrocinado por la Institución Brookings, en *A Second Chance U.S. Policy in the Americas* (Una segunda oportunidad: política estadounidense en las Américas), patrocinado por el centro de análisis Diálogo Interamericano y en el informe *Changing Cuba Policy – In: The United States National Interest* (Cambiano la política hacia Cuba. Interés nacional de Estados Unidos), elaborado por el equipo de asesores de Richard Lugar, el senador republicano de mayor rango en el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara alta estadounidense en el momento de realizarse este informe.
8. Los informes han sido firmados por diferentes políticos y académicos de la región, como los ex presidentes Ricardo Lagos de Chile, Enrique Iglesias (ex presidente del Banco Interamericano de Desarrollo), Fernando Henrique Cardoso de Brasil, Ernesto Zedillo de México, Carlos Pascual, la ex jefa de la Oficina de Intereses de Estados Unidos en La Habana Vicki Huddleston, el Vicedirector de Relaciones Internacionales de la Universidad de Harvard Jorge I. Domínguez, Daniel Ericsson (Director de Programas del Caribe en Diálogo Interamericano), el Presidente de Diálogo Interamericano Peter Hakim, el jefe de equipo del ex presidente estadounidense Bill Clinton: Thomas McLarty, Francis Fukuyama, y otros como el presidente de la Fundación Nacional Cubano Americana Francisco J. (Pepe) Hernández (en el momento de realizarse este informe) y Marifeli Pérez Stable, de Diálogo Interamericano, entre otros.
9. Dicho documento consiste en un reporte preparado por la Oficina del entonces Senador Republicano Richard Lugar sobre los cambios que se consideraban necesarios implementar por parte del gobierno de Estados Unidos en su política hacia Cuba. Como se conoce, al momento de publicarse este informe, Lugar era el senador republicano de mayor rango en el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara alta estadounidense. El informe está dirigido al Comité de Relaciones Exteriores del Senado, que presidía el demócrata John Kerry. Su elaboración es resultado del viaje a Cuba que realizó un grupo de asesores de Lugar entre los días 11 y 14 del mes de enero de 2009, por iniciativa del Instituto Lexington. En esa oportunidad, la delegación de asesores se reunió con funcionarios del Gobierno cubano, diplomáticos extranjeros radicados en La Habana, líderes religiosos y empresariales, periodistas internacionales y representantes de instituciones y esferas de la llamada sociedad civil. Entre tales asesores se menciona expresamente, a Carl Meacham y Peter Quilter.
10. Además de criticar la política del bloqueo se sugieren medidas como: facilitar el intercambio académico; reactivar la cooperación en la exploración de petróleo, así como en el desarrollo de nuevos medicamentos y procedimientos médicos; promover actividades diplomáticas normales; elaborar acuerdos y asistencia en casos de desastres naturales; modificar la normativa para permitir la donación y venta de equipos de comunicaciones, dar licencia al Estado Cubano y a entidades no gubernamentales para acceder a las redes de comunicaciones por satélite y banda ancha; no objetar la reincorporación de Cuba a la Organización de Estados Americanos y; abrir conversaciones bilaterales en lo concerniente a preocupaciones comunes sobre la Base Naval de Guantánamo.
11. El informe de la Institución Brookings titulado *U.S. Policy Toward a Cuba in Transition* (Política de Estados Unidos hacia una Cuba en transición), se dio a conocer el 26 de febrero de 2009, la misma semana que fue divulgado el documento emitido por la oficina del Senador Republicano Richard Lugar. El documento insta al nuevo presidente de Estados Unidos a **tomar la iniciativa** para mejorar las relaciones entre Washington y La Habana, sin esperar por el Congreso para comenzar a hacer cambios en la política hacia Cuba, haciendo uso de su autoridad ejecutiva para dismantelar rápidamente parte de las sanciones estadounidenses contra la isla. El reporte propone al gobierno de EE.UU. tomar medidas unilaterales **sin condiciones previas**, es decir, sin tener que esperar que el gobierno cubano haga reformas primero.
12. Este documento fue patrocinado por el Centro de análisis “Diálogo Interamericano” y se dio a conocer en marzo de 2009.
13. Ver: <http://www.brookings.edu/~media/research/files/papers/2015/03/inter-american-relations-feinberg-miller-trinkunas/better-than-you-think--reframing-interamerican-relations.pdf> Pág. 17.

14. Ibidem.

15. Ibidem.

16. Ibidem.

17. <http://cubaposible.net/articulos/despues-de-panama-comienza-una-nueva-politica-estadounidense-hacia-la-region-2-aa5-6-2aa-aaaa-6> P. 6.

18. Ibidem.

19. Ibid., p. 7.